

Metodología I - Ciclo Inicial

Obligatorio

16 Copias

2

METODOLOGÍA Y TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN SOCIAL

Piergiorgio Corbetta
Universidad de Bolonia

Traducción
MARTA DÍAZ UGARTE
SUSANA DÍAZ UGARTE

Adaptación y revisión técnica:
MARTA FRAILE MALDONADO
Universidad Pompeu Fabra



MADRID • BUENOS AIRES • CARACAS • GUATEMALA • LISBOA • MÉXICO
NUEVA YORK • PANAMÁ • SAN JUAN • SANTAFÉ DE BOGOTÁ • SANTIAGO • SÃO PAULO
AUCKLAND • HAMBURGO • LONDRES • MILÁN • MONTREAL • NUEVA DELHI • PARÍS
SAN FRANCISCO • SIDNEY • SINGAPUR • ST. LOUIS • TOKIO • TORONTO

Material disponible en los Servicios del CECSO

www.serviciosdelcecsso.blogspot.com / sercecsso@fcs.edu.uy

Fotocopiadora: 2410 6720 (208 / 218) Por trabajos: pedidosercecsso@gmail.com Cantina & Cafetería: 2410 6720 (220)

LOS PARADIGMAS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

1.1. KUHN Y LOS PARADIGMAS DE LAS CIENCIAS	4
1.2. TRES CUESTIONES DE FONDO	7
1.3. POSITIVISMO	9
1.4. NEOPOSITIVISMO Y POSTPOSITIVISMO	13
1.5. INTERPRETATIVISMO	18
1.5.1. Los inicios	18
1.5.2. Max Weber: objetividad y orientación hacia la individualidad	20
1.5.3. Desarrollos posteriores	23
1.6. CRÍTICAS, POSTURAS RADICALES Y NUEVAS TENDENCIAS	25
1.7. SÍNTESIS DEL CAPÍTULO 1	29
1.8. LECTURAS COMPLEMENTARIAS	30

En este capítulo se presentan los orígenes filosóficos sobre los que se basan los dos principales enfoques de la investigación social, que han generado respectivamente las familias de las técnicas cuantitativas y cualitativas. Comenzaremos reflexionando acerca del concepto de paradigma, es decir, la perspectiva que inspira y dirige cualquier ciencia. A continuación, se ilustran los orígenes históricos y los principios inspiradores del paradigma positivista y del paradigma interpretativo. El capítulo se cierra con algunas reflexiones sobre las tendencias actuales de la investigación social.

1.1. KUHN Y LOS PARADIGMAS DE LAS CIENCIAS

La noción de «paradigma» tiene un origen antiguo en la historia del pensamiento filosófico. Fue utilizada tanto por Platón (en el sentido de «modelo») como por Aristóteles (en el sentido de «ejemplo»). En las ciencias sociales su utilización ha sido excesiva y resulta confusa por los múltiples y diversos significados que se le atribuyen: desde sinónimo de teoría a articulación interna de una teoría, desde sistema de ideas de orden precientífico a corriente de pensamiento o escuela, desde procedimiento de investigación ejemplar a equivalente de método. Es por ello que resulta útil plantear brevemente el concepto de paradigma en el sentido que le dio el estudioso que a principios de los años sesenta lo repropuso a los filósofos y a los sociólogos de la ciencia. Nos referimos a Thomas Kuhn y a su célebre ensayo *La estructura de las revoluciones científicas* (1962).

La reflexión de Kuhn tiene como objeto el desarrollo histórico de las ciencias y constituye un rechazo a la concepción tradicional de la ciencia entendida como acumulación progresiva y lineal de nuevos logros. Según la tradicional concepción acumulativa, cada invención y descubrimiento se añadiría al cuerpo cognoscitivo precedente, del mismo modo en que los ladrillos se sobreponen en la construcción de un edificio de varios pisos. Según Kuhn, en cambio, si bien éste es el proceso de la ciencia en tiempos «normales», existen también momentos «revolucionarios» en los que la relación de continuidad con el pasado se interrumpe y se inicia una nueva construcción, así como —continuando con la metáfora de la edificación— de vez en cuando se hace saltar por los aires un viejo edificio de ladrillos para dejar espacio a un edificio estructuralmente distinto, por ejemplo un rascacielos de cristal y aluminio.

Kuhn ilustra su argumentación con una serie de ejemplos tomados de las ciencias naturales (y sobre todo de la física). De esta manera, cita el desarrollo de la física óptica, en la actualidad basada en una interpretación cuántica, para la cual la luz estaría constituida por fotones, entidades que presentan algunas características de las ondas y otras propiedades de las partículas. Sin embargo, añade Kuhn, esta teoría nació en este siglo. Antes de que fuera desarrollada por Planck, Einstein y otros, en las universidades se enseñaba que la luz era un movimiento ondulatorio transversal, teoría desarrollada a principios del siglo XIX. Y aún antes, en el siglo XVII, la concepción dominante era la de la óptica newtoniana, según la cual la luz estaba constituida por corpúsculos materiales.

El paso de una visión teórica a otra es tan global y tiene consecuencias tan radicales sobre la disciplina implicada, que Kuhn no duda en utilizar el término «revolución» y habla precisamente de «revolución científica». ¿Qué cambia, en una determinada disciplina, tras una de estas revoluciones? Se produce «un cambio de los problemas que se proponen a la investigación científica, y también un cambio de los criterios con los que la profesión establecía lo que debía ser considerado como un problema admisible o como una solución legítima del mismo» [*ibidem*, 6]. Y se realiza una reorientación de la disciplina que consiste «en la transformación de la estructura conceptual a través de la cual los científicos miran el mundo» [*ibidem*, 102]. Esta «estructura conceptual» es aquella a la que Kuhn llama «paradigma» y es este aspecto de su teorización, más que el análisis del proceso de desarrollo de la ciencia, el que nos interesa en este contexto.

Resumen 1.1. PARADIGMA

¿Qué entiende Kuhn por paradigma? Con este término designa una perspectiva teórica:

- a) Compartida y reconocida por la comunidad de científicos de una determinada disciplina.
- b) Fundada sobre adquisiciones que preceden a la disciplina misma.
- c) Que actúa dirigiendo la investigación en términos tanto de:
 - c1) identificación y elección de los hechos relevantes a estudiar, como de
 - c2) formulación de hipótesis entre las que situar la explicación del fenómeno observado, y de
 - c3) preparación de las técnicas de investigación empíricas necesarias.

Sin un paradigma una ciencia no tendría orientaciones y criterios de elección: todos los problemas, todos los métodos, todas las técnicas son igualmente legítimos. El paradigma representa la guía para la ciencia: «los paradigmas —corroborados por Kuhn— proporcionan a los científicos no sólo un modelo, sino también algunas indicaciones indispensables para construirlo. En cuanto aprende un paradigma, el científico adquiere teorías, métodos y criterios, todos a la vez, generalmente en una mezcla inextricable» [*ibidem*, 109].

Nótese que hemos evitado intencionadamente la palabra «teoría» (en la definición antes referida hemos utilizado el término «perspectiva teórica»). En efecto, el paradigma es algo más amplio y también más general que una teoría: es una visión del mundo, una ventana mental, una pauta de lectura que precede a la elaboración teórica. El paradigma copernicano del universo, así como el de la mecánica cuántica, representa marcos generales de fondo dentro de los cuales se colocan teorías específicas sobre los movimientos orbitales o sobre la estructura del átomo.

Kuhn define *ciencia normal* como aquellas fases de una disciplina científica durante las cuales predomina un determinado paradigma, que es compartido por la co-

munidad de los científicos. A lo largo de esta fase (es decir, hasta que el paradigma operante es sustituido de manera «revolucionaria» por otro) la ciencia se desarrolla efectivamente según el modo de proceder lineal y acumulativo que se ha atribuido al conjunto del desarrollo científico. «La tarea de la ciencia normal no es en absoluto descubrir nuevos géneros de fenómenos [...] la investigación en el ámbito de la ciencia normal se dirige en cambio a la articulación de aquellos fenómenos y de aquellas teorías que ya han sido proporcionados por el paradigma» [*ibidem*, 24].

Son múltiples los ejemplos de paradigmas científicos que podemos extraer de las ciencias naturales. Retomando el ejemplo anterior, podemos hablar de paradigma corpuscular, ondulatorio, o cuántico, de la física óptica. Del mismo modo podemos citar, como parejas de paradigmas alternativos que se han sucedido en el tiempo, la mecánica newtoniana y la mecánica einsteiniana; la cosmología tolemaica y la cosmología copernicana, y así sucesivamente.

¿Hasta qué punto podemos hablar de paradigmas en las ciencias sociales? Kuhn subraya que el paradigma es una característica definitoria de las ciencias «maduras». Antes de la teoría corpuscular de la luz introducida por Newton, no existía un paradigma común entre los científicos de este sector, sino más bien se contraponían una serie de escuelas y subescuelas en competencia entre ellas, cada una con su punto de vista y su teorización, por lo que, concluye Kuhn, «si bien aquellos que desarrollaban actividades en ese campo eran científicos, el resultado puro y simple de su actividad era algo inferior a una ciencia» [*ibidem*, 13].

Desde esta perspectiva las ciencias sociales, en tanto que exentas —y hablamos de cada una de ellas separadamente— de un único paradigma ampliamente compartido por la comunidad científica, se encontrarían en una situación pre-paradigmática, salvo quizás la economía (según Kuhn, los economistas «están de acuerdo sobre qué es la economía», mientras «queda aún abierta la cuestión acerca de qué sectores de las ciencias sociales hayan adquirido ya paradigmas de este género» [*ibidem*, 14]).

Lo que se ha dicho sobre las ciencias sociales es válido para la sociología. En particular, parece difícil identificar, incluso para periodos limitados de la historia de la disciplina, un paradigma compartido por la comunidad de sociólogos.

Existe aún otra interpretación del pensamiento de Kuhn, que se ha propuesto precisamente para aplicar sus categorías a la sociología. Se trata de una redefinición del concepto de paradigma, en la que se mantienen todos los elementos de la definición original (visión teórica que define la relevancia de los hechos sociales, proporciona las hipótesis interpretativas, orienta las técnicas de la investigación empírica) excepto uno, el carácter del consenso por parte de la comunidad científica (al menos en tiempos de «ciencia normal»).

De este modo se abre la posibilidad de convivencia, dentro de una determinada disciplina, de varios paradigmas; y la sociología pasa de ser *preparadigmática*, a ser una disciplina *multiparadigmática*. Ésta es, entre otras, la lectura de Friedrichs [1970], que tras haber puesto en evidencia el paradigma que guía el estructural-funcionalismo parsonsiano, identifica en el planteamiento dialéctico de origen marxista el segundo paradigma de la sociología, en el que el centro de atención funcionalista en los conceptos de sistema y de consenso es sustituido por la atención al conflicto.

Esta interpretación del concepto de paradigma en términos de perspectiva teórica global es la más difundida y corresponde al uso corriente del término en las ciencias sociales, aunque no es la única, sino que está en abierta competencia con otras perspectivas. Hay que decir, sin embargo, que esta lectura menos rigurosa de la categoría original kuhniana realizada para adaptarla al estatus de las ciencias sociales, tampoco debe banalizarse identificando paradigma con teoría o corriente de pensamiento. De hecho, sigue siendo fundamental en el concepto de paradigma su carácter preteórico, en último término metafísico, de «visión que orienta»; de imagen del mundo, o mejor aún, como escribe Friedrichs [*ibidem*, 55], de «imagen fundamental que una disciplina tiene de su objeto», que guía y organiza tanto la reflexión teórica como la investigación empírica, y como tal precede a ambas.

En este sentido, el concepto de paradigma nos parece útil también para el análisis de los distintos marcos de referencia de fondo que han sido desarrollados y todavía se consultan en el campo de la metodología de la investigación social.

1.2. TRES CUESTIONES DE FONDO

Una vez definido y circunscrito el concepto de paradigma y apuntada su aplicación en el campo de las ciencias sociales, queremos abandonar rápidamente el terreno resbaladizo de los paradigmas de la *teoría sociológica* (¿un paradigma?, ¿dos paradigmas?, ¿cien paradigmas?) para desplazarnos a un territorio más sólido: el de la metodología de la *investigación social*. Pero tampoco en este caso nos adentraremos en la compleja problemática epistemológica de cuántos y cuáles pueden ser los marcos filosóficos de referencia que orientan la investigación empírica en el campo de las ciencias sociales.

Nos limitaremos a un examen de carácter *histórico*, describiendo brevemente cuáles han sido las perspectivas fundamentales que se han propuesto y se han consolidado en el transcurso de la evolución de la disciplina. Siendo éste un libro sobre las técnicas de investigación social, resulta fundamental, en primer lugar, plantear la cuestión de los *paradigmas fundacionales de la investigación social*, de los que nacieron los primeros procedimientos operativos y que han guiado sucesivamente el desarrollo de la investigación empírica. Sabemos que entre las funciones de un paradigma está también la de definir los métodos y las técnicas de investigación aceptables en una disciplina. Como escribe Hughes:

Cada procedimiento o instrumento de investigación está inextricablemente entrelazado con interpretaciones particulares del mundo que el investigador tiene y con los modos de conocer ese mundo que el investigador utiliza. Usar un cuestionario o una escala actitudinal, asumir el papel de observador participante o construir una muestra aleatoria [...] equivale a aceptar unas concepciones del mundo que permitan el uso de estos instrumentos para conseguir los objetivos establecidos. Ninguna teoría o método de investigación [...] se justifica por sí mismo: su eficacia, su propia calificación de instrumento de investigación [...] depende en último término de justificaciones de tipo filosófico.

[Hughes, 1980, 13]

¿Podemos identificar, entre las perspectivas filosóficas que han generado y acompañado en su crecimiento a la investigación social, algunas visiones suficientemente generales, coherentes y operativas, como para poder atribuirles los caracteres de paradigma? A nosotros nos parece que sí. Existe un acuerdo general entre los estudiosos acerca de la existencia de dos grandes marcos generales de referencia que han orientado históricamente la investigación social desde su nacimiento: la visión «empirista» y la «humanista» (las etiquetas a este respecto son de lo más variado; citamos, entre otras, «objetivismo» y «subjetivismo»; utilizaremos aquí el término canónico de «positivismo» y, aunque esté menos consolidado, el de «interpretativismo»). Se trata de dos divisiones orgánicas y fuertemente contrapuestas de la realidad social y de los modos de conocerla, que han generado dos bloques coherentes y muy diferenciados entre sí de técnicas de investigación. Antes de describirlas, resulta indispensable explorar sus orígenes filosóficos para llegar a una comprensión adecuada y plenamente consciente.

Estos paradigmas no son —lo repetimos— teorías sociológicas, sino concepciones generales sobre la naturaleza de la realidad social, sobre la naturaleza del hombre, y sobre el modo en que éste puede conocer aquélla. Para comparar adecuadamente los dos paradigmas apenas mencionados, trataremos de entender cómo responden éstos a los interrogantes fundamentales a los que se enfrenta la investigación social (y, en general, la investigación científica). Tales interrogantes pueden ser reconducidos a tres cuestiones fundamentales: ¿existe la realidad (social)?, ¿es conocible?, ¿cómo puede ser conocida? En otras palabras: *Esencia, Conocimiento, Método*.

La cuestión ontológica¹. Es la cuestión del «qué». Concierna a la naturaleza de la realidad social y su forma. Se nos pregunta si el mundo de los hechos sociales es un mundo real y objetivo dotado de una existencia autónoma fuera de la mente humana e independiente de la interpretación que de ellos hace el sujeto. Es decir, se nos interroga sobre si los fenómenos sociales son «cosas en sí mismas» o «representaciones de cosas». El problema enlaza con la cuestión filosófica más general de la existencia de las cosas y del mundo exterior. De hecho, la existencia de la idea en el pensamiento no nos dice nada sobre la existencia en la realidad del objeto representado, así como un dibujo no es una prueba de la cosa representada.

La cuestión epistemológica². Es la cuestión de la relación entre el «quién» y el «qué» (y del resultado de esta relación). Concierna a la cognoscibilidad de la realidad social, y ante todo pone el acento sobre la relación entre estudioso y realidad estudiada. «Todas las manifestaciones o los grados del conocer, el observar, el percibir, el determinar, el interpretar, el negar o el afirmar, presuponen la relación del hombre

¹ *Ontología*: aquella parte de la filosofía que estudia el ser en cuanto tal; del griego *óntos* (ser, ente) y *lógos* (discurso, reflexión).

² *Epistemología*: reflexión sobre el conocimiento científico, del griego *epistème* (conocimiento cierto).

con el mundo y son posibles sólo sobre la base de esta relación» [Abbagnano, 1971, 162]. La respuesta a esta cuestión depende, a su vez, de la respuesta dada a la precedente problemática ontológica. Si el mundo social existe en cuanto tal independientemente del actuar humano, será legítima la aspiración de alcanzarlo, de conocerlo con distancia objetiva, sin temor de alterarlo en el transcurso del proceso cognoscitivo. Las características (la «forma») que el conocimiento puede adquirir están estrechamente ligadas a la respuesta dada a este problema: éstas pueden ir desde «leyes naturales» deterministas dominadas por las categorías de causa-efecto, a leyes menos imperativas, a generalizaciones de distinta forma (por ejemplo, los tipos ideales weberianos), a ninguna forma de generalización (sólo conocimientos específicos y contingentes).

La cuestión metodológica³. Es la cuestión del «cómo» (cómo puede ser conocida la realidad social). Se refiere a la instrumentación técnica del proceso cognoscitivo. También en esta cuestión las respuestas dependen estrechamente de aquellas dadas a las cuestiones que la preceden. Una visión de la realidad social como objeto externo no influenciable por el proceso cognoscitivo del científico aceptará más plausiblemente técnicas manipulativas (por ejemplo, el experimento, el control de las variables, etc.) de lo que pueda hacerlo una perspectiva que subraye la existencia de procesos interactivos entre investigador e investigado.

Las tres cuestiones están pues enlazadas entre sí, no sólo porque las respuestas dadas a cada una de ellas están fuertemente influenciadas por las respuestas dadas a las otras dos, sino también en el sentido de que en ocasiones será difícil distinguir los límites (aunque nos esforzaremos en hacerlo en aras de la claridad didáctica y expositiva). Efectivamente, resulta difícil separar las concepciones sobre la naturaleza de la realidad social de las reflexiones sobre su cognoscibilidad, y éstas de las técnicas utilizables para su conocimiento. En realidad, esta dependencia mutua se localiza en la definición misma de paradigma científico, que, como hemos visto, implica tanto una visión teórica como una orientación de los procedimientos de investigación.

1.3. POSITIVISMO

En la Tabla 1.1 presentamos un resumen para facilitar la comparación entre los distintos paradigmas respecto a las cuestiones fundamentales que acabamos de introducir. Se notará antes que nada que las columnas relativas a los paradigmas son tres, en lugar de dos. En efecto, presentamos dos versiones del positivismo.

³ *Metodología*: del griego *métodos* (vía por la cual, método). Cuestión metodológica en cuanto tiene que ver con los «métodos» de la investigación social, entendidos como cuerpo orgánico de técnicas. También la podríamos haber llamado (quizás más correctamente) «cuestión tecnológica», en cuanto tiene por objeto las técnicas, pero hemos preferido evitar este término, puesto que ya ha adoptado otro significado en el lenguaje común.

Tabla 1.1. Características de los paradigmas base de la investigación social

	Positivismo	Postpositivismo	Interpretativismo
<i>Ontología</i>	Realismo ingenuo: la realidad social es «real» y conocible (como si se tratara de una cosa).	Realismo crítico: la realidad social es «real» pero conocible sólo de un modo imperfecto y probabilístico.	Constructivismo: el mundo conocido es el de los significados atribuidos por los individuos. Relativismo (realidad múltiple): estas realidades construidas varían en la forma y en el contenido entre individuos, grupos, culturas.
<i>Epistemología</i>	Dualismo/objetividad. Resultados ciertos. Ciencia experimental en busca de leyes. Objetivo: explicación. Generalizaciones: leyes «naturales» inmutables.	Dualismo/objetividad modificados. Resultados probablemente ciertos. Ciencia experimental en busca de leyes. Multiplicidad de teorías para el mismo hecho. Objetivo: explicación. Generalizaciones: leyes provisionales, abiertas a revisión.	No dualismo; no objetividad. No separación entre investigador y objeto de la investigación, sino interdependencia. Ciencia interpretativa en busca de significado. Objetivo: comprensión. Generalizaciones: enunciados de posibilidad; tipos ideales.
<i>Metodología</i>	Experimental-manipulativa. Observación. Separación observador-observado. Predominantemente inducción. Técnicas cuantitativas. Análisis «por variables».	Experimental-manipulativa modificada. Observación. Separación observador-observado. Predominantemente deducción (falsación de las hipótesis). Técnicas cuantitativas con apertura a las cualitativas. Análisis «por variables».	Interacción empática entre investigador e investigado. Interpretación. Interacción observador-observado. Inducción (el conocimiento emerge de la realidad estudiada). Técnicas cualitativas. Análisis «por casos».

FUENTE: Adaptación de Guba y Lincoln [1994, 109].

La versión original del siglo XIX, hoy seguramente desaparecida del horizonte incluso de los empiristas más tenaces; y su reformulación —construida para dar respuesta a sus límites manifiestos— en el siglo XX. Hemos considerado oportuno presentar asimismo el paradigma positivista original tanto por razones de carácter histórico, ya que se trata de la visión que ha acompañado el nacimiento de las ciencias sociales y de modo particular el nacimiento de la sociología, como porque a partir de su crítica se podrán comprender mejor las características de los otros dos paradigmas.

La sociología nace, por tanto, bajo los auspicios del pensamiento positivista. En el momento en que, a mitad del siglo pasado, los hombres empezaron a preguntarse sobre la realidad social en cuanto tal y a transformarla en objeto de estudio, la nueva disciplina asumió el modelo que era el paradigma de las ciencias naturales. Los fundadores de la disciplina, y citamos entre todos a Comte y Spencer, comparaban una ingenua fe hacia los métodos de las ciencias naturales. El paradigma positivista se puede resumir con muy pocas palabras del siguiente modo: el estudio de la realidad social utilizando el marco conceptual, las técnicas de observación y medición, los instrumentos de análisis matemático, los procedimientos de inferencia de las ciencias naturales.

Vamos a tratar más en detalle los contenidos de esta definición. Por marco conceptual entendemos las categorías de «ley natural», de causa-efecto, de comprobación empírica, de explicación, etc. Por técnicas de observación y medición entendemos: el uso de variables cuantitativas incluso para fenómenos de naturaleza más cualitativa, los procedimientos de medición aplicados a orientaciones ideológicas, capacidades mentales, estados psíquicos (por ejemplo, la medición de actitudes, los test de inteligencia, etc.). Finalmente, por procedimientos de deducción entendemos: el proceso que a partir de lo conocido permite avanzar hipótesis sobre lo desconocido, y por tanto el paso de la observación particular a la ley general, la utilización de la teoría para fines de previsión, la inferencia a partir de la muestra a la población total.

Gracias a Comte —el profeta del positivismo sociológico del siglo XIX— sabemos que la adquisición del punto de vista positivista constituye en cada ciencia el punto final de un itinerario que previamente ha atravesado los estadios teológico y metafísico. Tal itinerario no se realiza simultáneamente en todas las disciplinas: se impuso primero en las ciencias de naturaleza inorgánica, como la astronomía, la física, la química; sucesivamente en las de la naturaleza orgánica, como la biología. Para llegar finalmente —en una secuencia que va desde las materias simples a las complejas— a la materia más compleja por definición, la sociedad. De esta manera se constituyó una nueva ciencia, la sociología, o ciencia positiva de la sociedad. De acuerdo con esta visión, la ciencia es universal y el método científico es único. Las ciencias de la sociedad no son distintas de las de la naturaleza y el modo de pensar positivo que ha llevado a conquistas tan grandes en el campo de la astronomía, de la física, de la biología, está destinado a triunfar también cuando se pasa de los objetos naturales a los sociales: a la religión, a la política, al trabajo.

El primer intento de aplicar esta perspectiva teórica global a la investigación empírica fue el de Durkheim. Comte, como denuncia el mismo Durkheim, «no se

ocupó de cosas, sino de conceptos. Es cierto que Comte proclamó que los fenómenos sociales son hechos naturales, sometidos a leyes naturales; y con ello reconoció implícitamente su carácter de cosas [...]. Pero cuando —saliendo de estas generalidades filosóficas— él intenta aplicar su principio y deducir de él la ciencia que contiene, lo que asume como objetos de estudio son las ideas» [Durkheim 1895; trad. esp. 1988, 74].

Durkheim, sin embargo, se esforzó por traducir los principios del pensamiento positivo en praxis empírica; él es el primer «científico social», el primer sociólogo positivista verdadero. Y su praxis empírica se fundamenta en la teoría del «hecho social». Desde las primeras páginas de las *Reglas del método sociológico* escribe que «la primera regla —que es también la más fundamental— impone considerar los hechos sociales como cosas» [*ibidem*, 56]. Para Durkheim los hechos sociales son:

... modos de actuar, de pensar, de sentir que presentan la [...] propiedad de existir fuera de las conciencias individuales [...]. Cuando llevo a cabo la tarea de [...] marido o de ciudadano [...] yo cumplo con deberes que están definidos —fuera de mí y de mis actos— en el derecho y en las costumbres. Incluso cuando éstos armonizan con mis sentimientos, y yo siento interiormente su realidad, ésta no es sin embargo menos objetiva: no los he hecho yo, sino que los he recibido mediante la educación. Y análogamente funciona por lo que respecta a las creencias y a las prácticas de la vida religiosa, [...] el sistema de signos que utilizo para expresar mi pensamiento, el sistema monetario que empleo para pagar mis deudas [...] las prácticas que se siguen en mi profesión.

[*Ibidem*, 50-51]

Estos hechos sociales, aunque no son entidades materiales, tienen sin embargo las mismas propiedades que las «cosas» del mundo natural. Y de ello se derivan dos consecuencias. Por una parte, los hechos sociales no están sujetos a la voluntad del hombre, sino que ofrecen resistencia a su intervención, lo condicionan y lo limitan. Por otra, precisamente como los fenómenos del mundo natural, los hechos también funcionan según sus propias reglas. Poseen una estructura determinista que el hombre, a través de la investigación científica, puede descubrir. El mundo social, así como el mundo natural, está, por tanto, regulado por leyes. Y ambas leyes pueden ser estudiadas objetivamente. De ahí la asunción, no obstante sus diferentes objetos, de una unidad metodológica sustancial entre mundo natural y mundo social (se pueden estudiar con la misma lógica de investigación y el mismo método; por eso el nombre de «física social» atribuido al estudio de la sociedad).

La primera afirmación es, pues: existe una realidad social fuera del individuo. La segunda es: esta realidad social es objetivamente conocible. La tercera: ésta se puede estudiar con los mismos métodos de las ciencias naturales. «Nuestra regla —escribe Durkheim— no implica [...] ninguna concepción metafísica, ninguna especulación sobre el fundamento de los seres. Lo que ésta reclama es que el sociólogo adopte la actitud en la que se encuentran los físicos, los químicos y los fisiólogos que se adentran en una región aún inexplorada de su dominio científico [...]. Nuestro así llamado positivismo no es sino una consecuencia de este racionalismo» [*ibidem*, 33].

Queda por decir algo sobre la manera de proceder de este conocimiento. En el positivismo éste es fundamentalmente inductivo, entendiendo por *inducción* «el paso de lo particular a lo universal»⁴, el proceso por el cual, de la observación empírica, de la identificación de regularidades y repeticiones en las fracciones de realidad empíricamente estudiada, se llega a generalizaciones o a leyes universales. En el procedimiento inductivo está implícita la asunción de un orden y una uniformidad de la naturaleza, de principios organizadores de carácter universal, y el cometido del científico es, precisamente, descubrirlos. Esta visión ha dominado durante mucho tiempo las ciencias naturales e incluso se la ha identificado con el método experimental.

La concepción positivista de la sociedad asume plenamente la premisa de que los fenómenos de la vida social obedecen a leyes naturales inmutables: el científico social, según Durkheim, es como un explorador que «penetra en lo desconocido; es necesario que se sienta en presencia de hechos cuyas leyes son insospechadas, como podían ser las de la vida, cuando la biología no se había constituido aún; es necesario que esté preparado para hacer descubrimientos que lo sorprenderán y lo desconcertarán» [*ibidem*, 37].

Finalmente, con respecto a la «forma» de este conocimiento, no hay dudas sobre la posibilidad de lograr la identificación y formulación de estas leyes de la naturaleza, su demostración y «comprobación»; leyes que en la expresión más completa adoptarán las características de un nexo de causa-efecto. «Desde el momento en que la ley de causalidad ha sido verificada en los otros ámbitos de la naturaleza, y ha extendido progresivamente su imperio desde el mundo físico-químico al mundo biológico, tenemos derecho a admitir que esa ley es del mismo modo cierta para el mundo social; y hoy es posible añadir que las investigaciones instituidas sobre la base de este postulado tienden a confirmarlo» [*ibidem*, 159].

Son incluso demasiado evidentes, en el paradigma positivista, los elementos de lo que hemos llamado «fe ingenua» en los métodos de las ciencias naturales. En la base de las distintas articulaciones del positivismo queda siempre, de hecho, una suerte de entusiasmo por el conocimiento «positivo» de tipo científico y la consideración de la ciencia y de su método como único conocimiento válido y eficaz en todos los campos del saber humano.

1.4. NEOPOSITIVISMO Y POSTPOSITIVISMO

Dentro de la visión positivista se ha desarrollado, a lo largo del siglo XX, un proceso continuo de revisión y adaptación, movido justamente por la conciencia de sus propias limitaciones intrínsecas y del intento de superarlas. La tranquilizadora claridad y linealidad del positivismo del siglo XIX deja libre el terreno para

⁴ Según Stuart Mill, la inducción es «aquella operación de la mente con la que deducimos que lo que sabemos que es verdad en uno o más casos individuales será verdad en todos los casos similares a los primeros por ciertos aspectos determinables» [Mill, 1843: 288].

Resumen 1.2. LAS RESPUESTAS DEL POSITIVISMO A LAS TRES CUESTIONES DE FONDO

Ontología: realismo ingenuo. Esta posición deriva de todo lo que hemos dicho sobre la «codificación» de la realidad social, y puede ser expresada sintéticamente mediante dos proposiciones: *a)* existe una realidad social objetiva, externa al hombre, ya sea éste el estudioso o el objeto de estudio, y *b)* esta realidad es conocida en su esencia real⁵.

Epistemología: dualista y objetivista; ley natural. Se afirma la posibilidad del conocimiento gracias a dos hechos: *a)* el estudioso y el objeto estudiado son considerados entidades independientes (dualismo), y *b)* el estudioso puede estudiar el objeto sin influir en él o ser influenciado por él (objetividad). La investigación se produce a través de «un espejo unidireccional». El conocimiento adopta la forma de «leyes» basadas en las categorías de causa-efecto. Éstas existen en la realidad externa independientemente de los observadores («leyes naturales»): la tarea del científico es «descubrir las». No se teme que haya riesgo de que los valores del investigador puedan deformar su lectura de la realidad social, ni de que suceda lo contrario. Esta posición, que excluye los valores a favor de los hechos, deriva de la visión del hecho social entendido como *dato* externo e inmodificable.

Metodología: experimental y manipulativa. Los métodos y las técnicas de la investigación positivista —así como su planteamiento de fondo— se basan en el empirismo clásico de las ciencias naturales. Es decir, se asumen todos los principios del método empírico: *a)* tanto en su modo inductivo de proceder, que del particular observado llega a formulaciones generales, *b)* como en su formalización matemática, que, aunque no siempre alcanzable, representa sin embargo la aspiración de fondo del científico positivista. La técnica ideal sigue siendo —aun con las limitaciones de su aplicabilidad a la realidad social— la del experimento, fundada sobre la manipulación y el control de las variables implicadas, así como en la separación-alejamiento entre observador y observado.

un positivismo del siglo XX mucho más complejo, articulado y en algunos casos no exento de contradicciones y puntos oscuros; sin dejar sin embargo de cumplir con algunas premisas de base, como el realismo ontológico (esto es: «el mundo existe independientemente de nuestro conocimiento») y la posición preeminente que defiende la observación empírica como medio para conocer dicho mundo. No entraremos en los detalles de este recorrido ni en las fases en las que históricamente se ha articulado: nos limitamos a mencionar, en el título de este epígrafe, los dos momentos del «neopositivismo» bajo cuya etiqueta se suele catalogar el planteamiento que ha predominado en el período que va de los años treinta a los años sesenta, y del «postpositivismo», con el que se suele identificar su evolución a partir de finales de los años sesenta⁶. Nos limitaremos, por lo tanto, a delinear los principales cambios de perspectiva acontecidos —en el tiempo y con diversa graduación de intensidad— respecto a la ortodoxia positivista, que acabamos de presentar.

Una de las primeras revisiones del positivismo del siglo XIX la llevó a cabo la escuela conocida con el nombre de *positivismo lógico*, que ha dado origen al neopositivismo. Este movimiento se formó en torno a las discusiones de un grupo de estudiosos de distintas disciplinas que en la segunda mitad de los años veinte constituyeron el así llamado «Círculo de Viena» (entre los principales exponentes se encuentran los filósofos Schlick y Carnap, el matemático Hahn, el economista Neurath, el físico Frank), y sobre cuyas posiciones, algunos años más tarde, se formó un grupo análogo en Berlín (Reichenbach, Herzberg, Lewin, Hempel y otros). La emigración a Estados Unidos de algunos representantes acreditados de esta escuela (a causa de las persecuciones nazis) y la sintonía que se llegó a crear entre este planteamiento y el pragmatismo americano, contribuyeron notablemente a la difusión del pensamiento neopositivista y a su influencia sobre las otras disciplinas, la sociología incluida. Fue precisamente en Estados Unidos donde se desarrolló, a partir de los años treinta, un rico filón de investigación sociológica empírica.

La nueva visión asigna un papel central a la crítica de la ciencia, redefiniendo la tarea de la filosofía, que tiene que abandonar el terreno de las grandes teorizaciones para pasar al del análisis crítico de cuanto es elaborado en las teorías de cada disciplina (Schlick auspicia el advenimiento de un tiempo en el que ya no habrá libros de filosofía, sino que todos los libros estarán escritos «de modo filosófico»). De ahí el rechazo a las «grandes cuestiones» y a todas las metafísicas definidas exentas de sentido («pseudoproblemas») en tanto que indemostrables. En cambio se dedica la máxima atención a los problemas metodológicos de cada ciencia, a la sintaxis de su lenguaje y de sus elaboraciones teóricas, a la crítica de sus tesis, y —no en último lugar— a los procedimientos de validación de las elaboraciones conceptuales a través de la verificación empírica.

⁵ Algunas cuestiones epistemológicas relativas a la cognoscibilidad de la realidad se tratarán en la discusión de la problemática ontológica (sobre la esencia de la realidad). Lo hacemos para facilitar la comprensión del lector no familiarizado con tales conceptos, y también porque las dos problemáticas están intrínsecamente ligadas. Esto se entenderá mejor cuando discutamos el paradigma interpretativo.

⁶ Hay que remontarse a Kuhn, Lakatos y Feyerabend para encontrar la crítica al neopositivismo que ha sido etiquetada con el nombre de postpositivismo.

Por lo que se ha dicho, parece evidente la importancia que se otorga en esta corriente de pensamiento a las cuestiones epistemológicas; y resulta, por tanto, comprensible la influencia que tuvo sobre la metodología de las ciencias, incluidas las ciencias sociales. Hay que recordar que uno de los postulados del neopositivismo es la difundida convicción de que el sentido de una afirmación deriva de su verificabilidad empírica, de la posibilidad de poder formular a partir de ella una definición operativa para controlar su validez. La siguiente frase resume eficazmente este punto de vista: «el significado de una proposición es el método de su verificación».

¿Qué ha significado esta concepción de la ciencia y del conocimiento científico para la investigación social y cuáles han sido sus consecuencias sobre los procedimientos operativos y sobre las técnicas de investigación? La principal consecuencia fue el desarrollo de una forma de hablar de la realidad social totalmente nueva, mediante un lenguaje extraído de las matemáticas y de la estadística, que Paul F. Lazarsfeld, el principal exponente de la metodología empírica neopositivista en sociología, llamó *lenguaje de las variables*. Cada objeto social, empezando por el individuo, era definido analíticamente sobre la base de una serie de atributos y propiedades (las «variables»), y reducido a ellos; y los fenómenos sociales eran analizados en términos de relaciones entre variables. La variable, con sus características de neutralidad, objetividad y operatividad matemática, se convertía así en la protagonista del análisis social.

La investigación social, por tanto, se «despersonaliza», y el lenguaje de las variables, con la medición de los conceptos, la distinción entre variables dependientes e independientes, la cuantificación de sus interrelaciones, la formulación de modelos causales, ofrecía un instrumento formal que permitía ir más allá del «lenguaje cotidiano notoriamente impreciso [en un proceso de] clarificación y purificación del discurso [que es] fundamental para el científico social; [...] nuestro conocimiento podía estar organizado de alguna forma manipulable [...] y el sentido común reformulado en proposiciones que podían ser sometidas a un test empírico» [Lazarsfeld y Rosenberg, 1955, 2, 11]. De este modo todos los fenómenos sociales podían ser registrados, medidos, relacionados, elaborados y formalizados, y las teorías podían ser comprobadas o falsificadas de manera objetiva y sin ambigüedad.

Pero ya nada podía ser como antes. La concepción de la ciencia del siglo XX estaba muy lejos de las sólidas certezas del positivismo del siglo XIX, en el que dominaba la concepción «mecánica» de la realidad, la seguridad en las leyes inmutables, la fe en el progreso científico. En el origen de la nueva atmósfera filosófico-científica están ante todo algunos desarrollos de las ciencias naturales, y en particular de la física, en los primeros años del nuevo siglo. La mecánica cuántica, la relativización del espacio y del tiempo efectuada por Einstein, el principio de indeterminación de Heisenberg —por citar sólo algunos cimientos de la nueva física— introducen elementos de probabilidad y de incertidumbre sobre puntos cruciales, como el concepto de ley causal, la objetividad-inmutabilidad del mundo exterior e incluso sobre las categorías clásicas del espacio y el tiempo.

Las teorías acaban perdiendo la marca imperativa de las leyes deterministas para asumir la connotación de la probabilidad. El momento crucial de este cambio

se localiza en el paso de la física clásica (de planteamiento newtoniano) a la cuántica. Según la mecánica cuántica, hay procesos en la física elemental —los así llamados saltos cuánticos (*quantum jumps*)— que no son analizables según los tradicionales mecanismos causales, en tanto que se trata de hechos absolutamente impredecibles gobernados por leyes probabilísticas. De esta forma, se pierde la certidumbre de la ley, quiebra el ideal clásico de la ciencia como sistema acabado de verdades necesarias.

Las teorías científicas ya no están destinadas a explicar los fenómenos sociales mediante esquemas de naturaleza lógica coercitiva, y la ley determinista es sustituida por la ley probabilística, que implica elementos de accidentalidad, la presencia de perturbaciones y fluctuaciones. Si esta asunción de indeterminismo probabilística es válido para el mundo natural, será aún más válido para el mundo social, el mundo del lenguaje, del pensamiento, de la interacción entre humanos.

Un elemento importante introducido en el pensamiento científico en su evolución desde el inicial modelo positivista es la categoría de falsabilidad, considerada como criterio de validación empírica de una teoría o hipótesis teórica. Ésta establece que la comparación entre teoría y descubrimiento empírico no puede darse en positivo, mediante la «prueba» (o verificación) de que la teoría es confirmada por los datos; sino que se realiza solamente en negativo, con la «no falsificación» de la teoría por parte de los datos, es decir, mediante la constatación de que los datos no contradicen la hipótesis, y de que, por tanto, son simplemente compatibles con ella. Y la comprobación positiva no se da en tanto que los mismos datos podrían ser compatibles también con otras hipótesis teóricas.

De este planteamiento se deriva un sentido de provisionalidad de cada hipótesis teórica, *nunca válida definitivamente* y siempre expuesta al riesgo de una posible falsación. Se derrumba —como escribe Popper— el ídolo de la certidumbre. «El viejo ideal científico del *epistème* —del conocimiento absolutamente cierto, demostrable— se ha revelado un ídolo. La exigencia de la objetividad científica hace ineludible que cada afirmación de la ciencia quede necesariamente y *para siempre en el estado de tentativo*» [1934: 280]. El hombre no puede conocer, sino sólo conjeturar. Podemos ilustrar este punto con una afirmación atribuida a Einstein: «en la medida en que nuestras proposiciones son ciertas, éstas no dicen nada sobre la realidad; y en la medida en que dicen algo, no son ciertas».

Finalmente, y llegamos a las adquisiciones más recientes de la orientación post-positivista, se ha consolidado la convicción de que la observación empírica, la misma percepción de la realidad, no es una fotografía objetiva, sino que depende de la teoría (es decir, está cargada de teoría; o dicho de otro modo: *theory laden*)⁷. Es decir, incluso el simple registro de la realidad depende de la ventana mental del investigador, de condicionamientos sociales y culturales. En otras palabras, partiendo de que la realidad existe independientemente de la actividad cognoscitiva y de la capacidad perceptiva del hombre, el acto de conocer está condicionado por las circunstancias sociales y por el marco teórico en las que se colocan.

⁷ La expresión proviene de Hanson (1958).

La tesis de teoriedad de las observaciones empíricas, es decir, la afirmación de que no existe una línea clara de separación entre conceptos teóricos y datos observados, derroca incluso la última de las certezas positivistas, la de la objetividad del dato obtenido, así como la neutralidad del lenguaje observador.

Hay que decir, sin embargo, que este proceso de alejamiento de la ortodoxia positivista originaria, primero a través del neopositivismo y después alcanzando —con los últimos temas apuntados— el postpositivismo, no conlleva una anulación del espíritu empirista. Se mantiene, también en los planteamientos más recientes, la centralidad del método «científico» en la investigación social, y la analogía de fondo entre el método de las ciencias sociales y el de las ciencias naturales.

El positivismo moderno, cuando dice que las leyes (tanto naturales como sociales) son probables y abiertas a revisión, cuando defiende la naturaleza provisional del conocimiento científico y en definitiva el condicionamiento teórico sobre la observación misma, ha recorrido un largo camino desde la interpretación ingenua de las leyes deterministas del positivismo originario. Pierde las certidumbres, pero no repudia el fundamento empirista.

El nuevo positivismo redefine los presupuestos iniciales y los objetivos de la investigación social; pero el modo de proceder empíricamente, en tanto que reinterpretado, tiene en su base el lenguaje de siempre, fundado sobre las bases de la operacionalización, de la cuantificación y de la generalización. Y dado que este manual trata sobre las técnicas de investigación, éste es el punto que nos interesa. Los procedimientos operativos, las modalidades de obtención de datos, las operaciones de medición, las elaboraciones estadísticas, no sufren variaciones de fondo. Se produce una importante apertura a las técnicas cualitativas, pero sin menoscabar la centralidad de las cuantitativas. Se tiene una mayor cautela respecto a las conclusiones, pero las técnicas utilizadas son siempre las mismas.

Podemos concluir aquí la reflexión sobre los desarrollos del paradigma positivista retomando la columna de la Tabla 1.1 que hace referencia a las posiciones del positivismo moderno frente a las tres cuestiones de fondo. Éstas quedan resumidas en el Resumen 1.3.

1.5. INTERPRETATIVISMO

1.5.1. Los inicios

Hemos presentado dos versiones del paradigma positivista: la perspectiva inicial con origen en el siglo XIX y su revisión crítica, iniciada en los años treinta y prolongada a partir de los años sesenta. Podríamos proceder casi de forma simétrica con el paradigma que vamos a presentar ahora, en el que el «casi» se refiere sólo al desfase temporal de la analogía. De esta manera, introduciríamos la visión inicial de la «sociología comprensiva» que debe a Max Weber, a principios de este siglo, tanto la elaboración metodológica como los primeros intentos de investigación empírica (de modo simétrico al papel ejercido por Durkheim en el positivismo), seguida por la reinterpretación del planteamiento original que se ha ido concretando a partir de

Resumen 1.3. LAS RESPUESTAS DEL NEO Y POST POSITIVISMO A LAS TRES CUESTIONES DE FONDO

Ontología: realismo crítico. Análogamente al caso del positivismo, se presume la existencia de una realidad externa al hombre; pero —a diferencia de lo defendido en ese paradigma— ésta es conocible sólo de un modo imperfecto: ya sea por la inevitable imprecisión de todo conocimiento humano, ya sea por la naturaleza misma de sus leyes, que tienen carácter probabilístico. Este punto de vista también ha sido llamado «realismo crítico»: realismo, en tanto que asume que existen en la realidad relaciones de causa-efecto fuera de la mente humana; crítico, para subrayar esa postura de sospecha continua y esa propensión a la duda que el científico debe tener hacia todos los logros de la ciencia.

Epistemología: dualismo-objetividad modificados; leyes de corto alcance, probabilísticas y provisionales. Con respecto a la cuestión de la relación estudioso-estudiado, el dualismo en el sentido de separación y no interferencia entre las dos realidades ya no es defendido. Se tiene conciencia de los elementos de perturbación introducidos sobre el objeto estudiado por el sujeto estudiante y del efecto de reacción que puede derivar de ello. La objetividad del conocimiento sigue siendo el objetivo ideal y el criterio de referencia, pero puede ser alcanzado sólo de modo aproximado. En el proceso cognoscitivo cobra valor el modo de proceder de la deducción, a través del mecanismo de falsación de las hipótesis. El propósito sigue siendo llegar a generalizaciones en forma de leyes, aunque limitadas en su alcance, probabilísticas en su fuerza de aplicación y provisionales en el tiempo.

Metodología: experimental-manipulativa modificada. Las fases operativas de la investigación siguen siendo fundamentalmente las que fueron planeadas por el neopositivismo en nombre de una separación sustancial entre investigador y objeto estudiado (experimentos, manipulación de las variables, entrevistas cuantitativas, análisis de fuentes estadísticas, etc.). Apertura, sin embargo, a los métodos cualitativos. Importancia de la comunidad científica a la crítica de las adquisiciones y los procesos de confirmación de las mismas (los resultados repetidos tienen mayor probabilidad de ser ciertos).

los años sesenta sobre todo en la sociología americana, y que ha dado lugar a las diversas corrientes del interaccionismo simbólico, de la sociología fenomenológica, de la etnometodología, diferentes entre sí pero unidas por la atención común a la interacción individual.

Preferimos no proceder de ese modo, ya que entre la visión weberiana inicial y sus desarrollos sucesivos no existe la discontinuidad que hemos identificado en el paso desde el positivismo del siglo XIX al del siglo XX. Preferimos, por tanto, incluir bajo un único título estos dos bloques históricos de aproximación a la investigación social, clasificando bajo el término general de «interpretativismo» todas las visiones teóricas para las cuales la realidad no puede ser simplemente observada, sino que tiene que ser «interpretada».

¿Cómo nace esta nueva visión de la ciencia social? Si el positivismo tiene sus orígenes en la cultura francesa e inglesa del siglo XIX (basta citar a Auguste Comte, John Stuart Mill y Herbert Spencer) y sobre todo en la primera desarrolla su articulación sociológica (nos referimos naturalmente a Durkheim), la crítica más radical y orgánica a su planteamiento aparece en el contexto del historicismo alemán.

En general hay que remontarse al filósofo alemán Wilhelm Dilthey para encontrar la primera formulación crítica respecto al cientificismo comtiano en nombre de la autonomía —en el sentido de no homologabilidad con las ciencias naturales— de las ciencias humanas. Dilthey aún en su polémica tanto el idealismo hegeliano como el positivismo comtiano, que tendrían en común «la misma fe en la historia como progreso necesario a través de fases igualmente necesarias» a partir de una visión de la historia entendida como «construcción del hombre, de la interrelación individual, y que devuelve por tanto al hombre su libertad, aun reconociendo la realidad del condicionamiento» [Izzo, 1974, 366].

Dilthey realiza, en su *Introducción a las ciencias del espíritu* (1883), una célebre distinción entre «ciencias de la naturaleza» y «ciencias del espíritu», basando su diferencia justamente en la relación que se instaura entre investigador y realidad estudiada. Mientras que el objeto de las ciencias naturales lo constituye una realidad externa al hombre, que así se mantiene también en el curso del proceso cognoscitivo —que adopta las formas de la explicación (leyes de causa-efecto, etc.)—, para las ciencias del espíritu, al no darse esta separación entre observador y realidad estudiada, el conocimiento se producirá solamente a través de un proceso muy distinto, el de la *comprensión*. Nosotros explicamos la naturaleza, mientras que entendemos la vida psíquica.

En los mismos años otro estudioso alemán proponía una distinción diferente, pero estrechamente unida a la anterior. Nos referimos a Windelband, que introduce la separación entre «ciencias nomotéticas», encaminadas a la identificación de leyes generales, y «ciencias idiográficas», orientadas a captar la individualidad de los fenómenos, su unicidad e irrepetibilidad⁸.

1.5.2. Max Weber: objetividad y orientación hacia la individualidad

Esta nueva perspectiva entra en el campo de la sociología de la mano de Max Weber. Dilthey, de hecho, había hablado genéricamente de «ciencias del espíritu», entre

⁸ Los dos términos derivan del griego. *Nomotético*: que tiene validez general (*nómos*: ley; *thétes*: que establece). *Idiográfico*: que tiene caracteres individuales (*idios*: propio; *graphos*: dibujo).

las cuales privilegió la historiografía. Weber transporta el concepto de *Verstehen* dentro de la sociología, revisando el planteamiento original de Dilthey. La preocupación de Weber es no caer, al acoger el principio de *Verstehen*, en el individualismo subjetivista y en el psicologismo; él quiere salvar la objetividad de la ciencia social tanto en los términos de su «neutralidad valorativa», es decir, independencia de los juicios de valor, como en los de la posibilidad de llegar a enunciados con cierto carácter de generalidad, aun partiendo de una «orientación hacia la individualidad».

En cuanto al primer punto, Weber insistió a lo largo de toda su vida en la necesidad de que las ciencias histórico-sociales estén libres de cualquier juicio de valor. Hay que decir, sin embargo, que es más evidente en él la conciencia del problema (agudizada también por su intensa participación en la política, y replanteada en sus últimos años de vida, por las cuestiones éticas suscitadas a raíz de la amenaza del conflicto mundial) que la capacidad de darle una respuesta unívoca. La *neutralidad valorativa* de las ciencias histórico-sociales sigue siendo un fundamento irrenunciable. «La capacidad de realizar la distinción entre el conocer y el valorar, es decir, entre el cumplimiento del deber científico de ver la realidad de los hechos y el cumplimiento del deber práctico de defender los propios ideales. Éste es el principio al que debemos atenernos más sólidamente» [Weber, 1904].

Si las ciencias histórico-sociales no pueden admitir en su interior presupuestos de valor, aun así —según Weber— no se puede impedir que éstos intervengan en la elección de los problemas que hay que estudiar, asumiendo un papel orientativo con respecto a la investigación. Incluso privados de una función valorativa, los valores siguen estando presentes, cumpliendo con lo que podríamos llamar una «función selectiva». Weber se adhiere en este punto a la distinción de Rickert entre «juicio de valor» y «relación de valor». Esta última «no es un principio de valoración, sino un principio de elección: sirve para establecer un campo de investigación, en el que la indagación procede de manera objetiva para llegar a la explicación causal de los fenómenos [...]. La relación de los valores viene a designar la dirección particular del interés cognoscitivo que mueve la investigación, es decir, el *punto de vista* específico en el que ésta se coloca, delimitando su propio campo» [Rossi, 1985, 24-25].

Una vez establecida la neutralidad valorativa como primera condición para la objetividad de las ciencias sociales, quedan por definir los términos de la segunda condición, entendida como capacidad de alcanzar formulaciones dotadas de cierto carácter de *generalidad*. Las ciencias sociales, según Weber, se distinguen de las ciencias naturales no por el objeto, ni porque tengan como fin el llegar a estudiar los fenómenos sociales en su individualidad, puesto que también tratan de llegar a formas de generalización, sino por su «orientación hacia el individuo» [*ibidem*, 21].

Orientación que, en primer lugar, es de método. Y para Weber el método es el de «comprender». Pero al definir lo que él entiende por *Verstehen*, Weber rechaza cualquier tentación psicologista. No se trata de perspicacia psicológica ni de iluminación repentina, sino de comprensión racional de las motivaciones de la acción. No de intuición, sino de «interpretación»: entender el objetivo de la acción, captar

las dimensiones del propósito y la intención de la acción humana. También el componente de identificación con el otro, presente en el *Verstehen*, tiene como fin la interpretación racional: identificarse con el otro «para comprender». Comprender las motivaciones de sus acciones, el significado subjetivo atribuido por el individuo a su comportamiento: porque todo comportamiento, hasta el que resulta más ilógico en apariencia, tiene una racionalidad íntima propia, un «sentido» interior. Escribe Raymond Boudon:

Para Weber, comprender una acción individual significa hacerse con medios de información suficientes para analizar las motivaciones que han inspirado la acción. El observador *comprende* la acción del sujeto observado en el momento en que puede concluir: en la misma situación, yo habría actuado sin duda del mismo modo [...]. Como puede verse, la *comprensión* en el sentido de Weber supone que el observador pueda *ponerse en el lugar* del actuante, pero de ningún modo implica que la subjetividad del segundo sea inmediatamente transparente para el primero [...]. En realidad la noción weberiana de *comprensión* designa una actitud muy cercana a la que los manuales de lógica se refieren con la expresión «inducción policial», que consiste en reconstruir las motivaciones no directamente accesibles con el método de la reconstrucción de los hechos mediante informaciones procedentes de varias fuentes, con el efecto de entrecruzarlos entre sí.

[Boudon, 1984; 31, 51]

¿Cómo puede nacer la objetividad desde esta orientación individualista? Si el punto de partida está representado por el individuo y por el sentido subjetivo de su acción, ¿cómo es posible llegar a un conocimiento objetivo con caracteres de generalidad? Nos encontramos aquí frente a esa segunda condición para la objetividad de las ciencias histórico-sociales enunciada más arriba.

La concepción weberiana del *tipo ideal* responde a este problema. Para Weber los tipos ideales son formas de actuación social que pueden encontrarse de modo recurrente en la manera en que los individuos se comportan. Esas formas se reconstruyen a través de un proceso de abstracción que, aislando algunos elementos dentro de la multiplicidad del dato empírico, procede a coordinarlos dentro de un marco coherente. El tipo ideal es, por tanto, *una abstracción que nace del reconocimiento empírico de uniformidad*.

El concepto tipo-ideal —escribe Weber— se obtiene a través de la *acentuación unilateral de uno o de algunos puntos de vista*, y a través de la conexión de una cantidad de fenómenos *particulares* difundidos y corrientes, existentes aquí en mayor y allí en menor medida [...] en un marco *conceptual* unitario. Considerado en su pureza conceptual, este marco nunca puede encontrarse empíricamente en la realidad; se trata de una *utopía*, y la labor histórica tiene la tarea de determinar en cada caso la mayor o menor distancia de la realidad respecto a ese marco ideal [...]. Éste tiene el significado de un concepto —*límite ideal* puro, con el que la realidad debe ser *medida y comparada*— a fin de ilustrar determinados elementos significativos de su contenido empírico.

[Weber, 1904, en Rossi, 1974, 124-125]

El tipo ideal weberiano se extiende a todos los campos de lo social y puede colocarse a diversos niveles de generalidad en la escala que va desde el individuo a la sociedad global. Weber nos ha dado ejemplos formulando «tipos ideales» con referencia a las estructuras sociales (el capitalismo, por ejemplo), a las instituciones (por ejemplo, burocracia, iglesia y secta, formas de poder), al comportamiento del individuo (por ejemplo, el actuar racional).

Los «tipos ideales», escribe Weber, no deben ser «confundidos con la realidad [...]». Éstos han sido contruidos de modo ideal heurístico [Weber, 1922a]; son «ideales» en el sentido de que son construcciones mentales del hombre; desarrollan una función «heurística» en el sentido de que dirigen su conocimiento. Son cáscaras vacías, «ficciones exentas de vida», como los ha definido Schutz; no tienen un equivalente concreto en la realidad; sin embargo, son modelos teóricos que ayudan al investigador a interpretarla. Por ejemplo, probablemente ninguno de los tres tipos ideales de poder identificados por Weber —el poder carismático, tradicional y racional-legal— ha existido nunca en su forma pura. El tipo ideal es una construcción racional clara, coherente, exenta de ambigüedad. La realidad es, en cambio, mucho más compleja, contradictoria y desordenada: todas las formas de poder carismático que han existido históricamente, si bien se pueden clasificar en uno de los tres «tipos» weberianos, nunca han existido en toda su plenitud y exclusividad, y han tenido también componentes y aspectos atribuibles a las otras dos formas de poder.

Las uniformidades que el investigador persigue y encuentra en su interpretación de la realidad social no son las «leyes», en el sentido que les atribuye la sociología positiva. Para Weber «el número y el tipo de las causas, que han determinado un acontecimiento individual cualquiera, es de hecho siempre *infinito* [...], y la cuestión causal, cuando se trata de la *individualidad* de un fenómeno, no es una cuestión de *leyes*, sino una cuestión de *conexiones* causales concretas [...], la posibilidad de una selección de entre la infinidad de los elementos determinantes» [Weber 1922b]. No hablemos, pues, de leyes, sino de conexiones causales, o, mejor dicho, utilizando una expresión tomada de Boudon, de *enunciados de posibilidad*. («Si ocurre A, entonces, en la mayoría de los casos, se verifica también B» [Boudon 1984: 75]). En definitiva, resulta inalcanzable el objetivo de establecer los factores determinantes de un acontecimiento social o un comportamiento individual determinados, pero sí es alcanzable el de esbozar las condiciones que los hacen posible.

A las leyes causales de implantación positivista dotadas de *generalidad* y de *obligatoriedad* (si bien atenuada en sentido probabilístico en la interpretación neopositivista) se contraponen enunciados, conexiones, marcados por las características de la *especificidad* y de la *posibilidad*.

1.5.3. Desarrollos posteriores

Nos hemos extendido mucho sobre Weber porque en el gran sociólogo alemán encontramos la anticipación de prácticamente todos los temas sucesivamente desarrollados por ese rico filón de teoría e investigación sociológica que ha dado lugar a la sociología fenomenológica (Husserl y Schutz), al interaccionismo simbólico (Mead

y Blumer) y a la etnometodología (Garfinkel y Cicourel), que se han visto consolidadas en el contexto de la sociología americana en los años sesenta. Todas estas perspectivas tienen en común las características fundamentales del planteamiento weberiano: el fuerte convencimiento antideterminista, la oposición a cualquier filosofía de la historia, a cualquier forma de evolucionismo. De este modo, la diferencia fundamental, «ontológica», entre las ciencias naturales y las ciencias sociales es la irreductibilidad de las segundas a los métodos de investigación de las primeras. También la crítica respecto a cualquier intento de explicar la acción humana a partir del sistema social y de los factores de condicionamiento presentes en él proviene de las aportaciones de Weber. En definitiva, en todos estos enfoques está presente —esta vez en términos positivos— el fuerte convencimiento de que en el centro de cada fenómeno social, así como de la actividad del sociólogo, se coloca la «acción individual dotada de sentido».

Sin embargo, Weber no llevó su posición metodológica a sus consecuencias más extremas. El autor elaboró estos conceptos en sus escritos metodológicos, pero tanto en su reflexión teórica como en la investigación empírica que desarrolló se movió constantemente en un plano macrosociológico, en una perspectiva de historia comparada, interesado en comprender fenómenos macroestructurales como la economía, el Estado, el poder, la religión, la burocracia. Sin embargo, el movimiento que hace en Estados Unidos en los años sesenta desarrolla la perspectiva weberiana en su dirección natural, es decir, en una perspectiva «micro». Si la sociedad está edificada a partir de las interpretaciones de los individuos, y su interacción es la que crea las estructuras, debemos observar dicha interacción para entender la sociedad. De ahí procede el descubrimiento y la valoración de un campo de investigación completamente nuevo para la sociología, el mundo de la vida cotidiana, cuyo estudio había sido ignorado y considerado no científico hasta aquel momento.

La diferencia de esta concepción respecto al marco de referencia positivista es clara. El programa «subjetivista» es ante todo una reacción frente al planteamiento «objetivista» positivista, que, asimilando la realidad social y la acción humana a algo objetivamente estudiable, silenciaba precisamente la dimensión individual, el aspecto «humano», lo que distingue el mundo de los humanos del de las cosas. Justamente lo que en el planteamiento positivista perturbaba la investigación «científica» y era excluido de ésta —los componentes individuales, motivacionales, intencionales, los valores, el libre albedrío; en una palabra, la dimensión subjetiva no perceptible con los instrumentos cuantitativos— se convierte aquí en el objeto primario de la investigación. Sobre esta diversidad de objeto también se basa, desde el punto de vista interpretativo, su presunta y mantenida superioridad respecto al método positivista. El defensor convencido del paradigma interpretativo no sólo corrobora la autonomía y diversidad de las ciencias histórico-sociales frente a las naturales, sino que afirma su superioridad, en tanto que sólo el método *Verstehen* permitiría esa inteligibilidad desde el interior que está en la base del conocimiento del mundo social y de la acción.

Las diferencias de fondo implican también una diferencia de técnicas y de procedimientos de investigación. Y es este aspecto el que más nos interesa tratar en

este libro. La idea es que si la vida humana es en su esencia distinta de la de mundo natural, entonces tendrá que ser estudiada con métodos diferentes de los positivistas. El subjetivista no puede, por tanto, adoptar «el lenguaje de las variables». Ni en la fase de observación empírica en nombre de la importancia de los componentes intencionales y subjetivos, que por definición escapan a la cuantificación objetiva. Ni tampoco en la fase de análisis de los datos, porque no puede imaginarse el análisis del comportamiento del hombre en los términos de la interacción de componentes separados (las variables). La unidad del ser humano impide que el todo pueda ser reconducido a la suma de las partes.

El enfoque subjetivista elaborará, por tanto, procedimientos y técnicas propias de observación y de análisis de la realidad empírica, que darán lugar al cuerpo de la denominada «investigación cualitativa». Volveremos más adelante a ella con mayor atención y detalle. Por ahora concluimos nuestra presentación del paradigma interpretativo, proponiendo también en este caso una síntesis que se presenta en el Resumen 1.4. El cuadro desarrolla con cierto detalle la última columna de la Tabla 1.1.

1.6. CRÍTICAS, PERSPECTIVAS RADICALES, Y NUEVAS TENDENCIAS

Hemos trazado las líneas maestras de lo que consideramos los dos paradigmas que han definido históricamente —más allá de numerosas especificaciones— el planteamiento y las técnicas de investigación social, haciendo referencia a los conceptos fundamentales y a quienes podríamos definir como los padres fundadores. queda por decir algo sobre las críticas dirigidas a los dos enfoques y sobre algunas posturas más radicales que se han desarrollado recientemente.

Por lo que se refiere al paradigma positivista, hemos visto que se prestaba una gran atención y cuidado a la formulación y el desarrollo de técnicas y procedimientos empíricos, especialmente en el periodo del neopositivismo. La radicalización de esta tendencia ha llevado a una especie de empiricismo antiespeculativo, dominado por el mito del método y del dato, en el que el objetivo del científico social ya no es formular teorías y después comprobarlas empíricamente, sino recoger y describir los datos con la ingenua ilusión de «que los datos hablen por sí mismos».

Se trata de un proceso de reducción progresiva (de ahí la acusación de «reducionismo») que ha atravesado varias fases. En primer lugar, se reducen los límites de la exploración teórica, acentuando los problemas de comprobación o de confirmación de la hipótesis en la actividad científica, es decir el *ars probandi*, en detrimento de la profundización del contexto de los descubrimientos, es decir, el *ars inveniendi*. En segundo lugar, se desplaza la atención del contenido al método. En la tensión entre teoría y comprobación empírica, privilegiar la segunda ha significado excluir del ámbito de las consideraciones teóricas aquellos interrogantes que no fueran inmediata y simplemente traducibles a procedimientos empíricamente comprobables, en un recorrido de reducción de la complejidad teórica hasta la trivialización más extrema.

Resumen 1.4. LAS RESPUESTAS DEL INTERPRETATIVISMO A LAS TRES CUESTIONES DE FONDO

Ontología: constructivismo y relativismo (realidad múltiple). «Constructivismo»: el mundo cognoscible es el del significado atribuido por los individuos. La posición constructivista radical excluye la existencia de un mundo objetivo (cada individuo produce una realidad propia). La posición más moderada no se plantea el problema de la existencia o de una realidad externa a las construcciones individuales, pero afirma que sólo estas últimas son cognoscibles. «Relativismo»: estos significados, estas construcciones mentales, varían entre los individuos; e incluso cuando no son estrechamente individuales, sino que son compartidos por grupos de individuos, varían entre las diferentes culturas. No existe una realidad social universal válida para todos los hombres («realidad absoluta»), sino que existen múltiples («realidad múltiple»), en tanto que múltiples y diversas son las perspectivas con las que los hombres ven e interpretan los hechos sociales.

Epistemología: no dualismo y no objetividad; tipos ideales, enunciados de posibilidad. Tiende a desaparecer la separación entre estudioso y objeto de estudio, así como la separación entre ontología y epistemología. En contraposición con la visión positivista, la investigación social es definida como «una ciencia experimental en busca de leyes» [Geertz, 1973: 5], en la que las categorías centrales son las de valor, significado, finalidad. Al perseguir su objetivo, que es la comprensión del comportamiento individual, la ciencia social puede servirse de abstracciones y generalizaciones: los tipos ideales y los enunciados de posibilidad.

Metodología: interacción empática entre el estudioso y lo estudiado. La interacción entre el estudioso y lo estudiado a lo largo de las fases empíricas de la investigación ya no es valorada negativamente, sino que, al contrario, representa la base del proceso cognoscitivo. Si el objetivo es llegar a la comprensión del significado atribuido por el sujeto a la propia acción, las técnicas de investigación no pueden sino ser cualitativas y subjetivas, entendiendo por subjetivas variables según la forma que adopta la interacción estudioso-estudiado. El conocimiento se produce a través de un proceso de inducción, o sea de «descubrimiento en la realidad», por parte de un estudioso que se acerca a ella libre de prejuicios y de teorías preconstituidas.

En definitiva, este proceso de reducción se concluyó desplazando la atención del método al dato, de los problemas de la operacionalización de los conceptos a los problemas prácticos de la obtención y del análisis (incluso estadísticamente sofisticada-

do) de datos privados de bagaje teórico y metodológico. Como escribe Gallino, «los resultados inmediatos de las investigaciones a examen fueron los que los críticos del neopositivismo sociológico podían esperar: un enorme montón de datos minuciosamente registrados, medidos y clasificados, pero no coordinados entre sí, exentos de conexiones significativas, incapaces de proporcionar un conocimiento adecuado del objeto al que se refieren nominalmente» [Gallino, 1978, 457].

No menos expuesta a problemas se encuentra la vertiente del paradigma que hemos denominado interpretativista. La crítica se ha ensañado no tanto en el planteamiento weberiano original como en lo que se refiere a sus intérpretes y continuadores, que llevaron a sus consecuencias extremas la que era la «orientación hacia el individuo» original weberiana. En Weber está todavía muy presente la tensión por la superación de la subjetividad: él no excluye la posibilidad de llegar a formas de generalización cognoscitiva (los tipos ideales), y una parte relevante de sus exposiciones metodológicas está dirigida al intento de conciliar causalidad y comprensión; por último, aun partiendo de la atención sobre el individuo, no descuida las grandes problemáticas sistémicas ni la dimensión institucional de la sociedad.

Las nuevas corrientes de la reflexión sociológica desarrolladas a partir de los años sesenta (también definidas como de la sociología «neocomprensiva») pusieron el acento, por el contrario, en el carácter subjetivista del planteamiento original weberiano. Así mismo, desplazaron la atención sobre el mundo de la vida cotidiana y la interacción intersubjetiva. Este desplazamiento ha dotado de mayor fuerza a las dos críticas de fondo lanzadas al paradigma interpretativo por sus opositores.

La primera consideración crítica sostiene que el subjetivismo extremo excluye la posibilidad misma de la existencia de la ciencia, y en particular de la ciencia social. El hecho de que en la acción humana haya siempre algo único, su irreductibilidad a componentes sociales externos al individuo, o incluso la afirmación de que la realidad es una pura construcción subjetiva, todo ello niega la posibilidad de ir más allá del individuo, de llegar a generalizaciones supraindividuales, y niega, por tanto, la objetividad del conocimiento. También la no separación entre el estudioso y lo estudiado contribuye a esta negación. La imposibilidad para el investigador de trascender el objeto de la investigación significa la imposibilidad del conocimiento objetivo así como del control intersubjetivo, que está en la base de la idea misma de ciencia (es decir, el hecho de que otro investigador pueda llegar al mismo resultado elaborando los mismos datos u otros).

En segundo lugar, se acusa al enfoque interpretativo —siempre a causa de su atención al individuo— de excluir de sus intereses lo que debería ser objeto de la reflexión sociológica por excelencia: las instituciones. Corre el peligro de dejar fuera de su ámbito problemático los aspectos de la sociedad que, aun teniendo también origen en la interacción individual, han cobrado autonomía respecto a los individuos y a sus elecciones. La misma crítica de fondo es articulada de manera ligeramente distinta acusando a la sociología fenomenológica, a la etnometodología y al interaccionismo simbólico de haberse detenido en lo «microsociológico»: de haber limitado sus propios intereses a la interacción, a las relaciones interperso-

nales; de no querer o no poder aplicar su planteamiento a problemas que trascienden los pequeños hechos de la vida cotidiana.

El discurso que hemos desarrollado hasta aquí se basa en las grandes corrientes del pensamiento sociológico que han fundado la disciplina, han dado forma a sus métodos y a sus técnicas de investigación, y han guiado la investigación sociológica desde su nacimiento hasta, aproximadamente, la mitad de los años setenta del siglo pasado.

El último cuarto del siglo xx ha representado un periodo de reto en la historia de la investigación social. Éste sucedía a una década tumultuosa en la historia de las sociedades occidentales, la década de los años sesenta, de los movimientos por los derechos civiles, de las protestas estudiantiles, de las revueltas urbanas con fondo racial, de la lucha contra la pobreza y las desigualdades, del desarrollo y la difusión del movimiento feminista. En este contexto la teoría sociológica y la investigación social asumieron una relevancia y una popularidad hasta entonces desconocidas, y la sociología pareció encontrar, al aplicarse en la reflexión sobre estas transformaciones, un sentido renovado de su «misión» social. Se consolidaron nuevas perspectivas teóricas, con el nacimiento de enfoques neomarxistas, neoweberianos, y el desarrollo de la teoría crítica y de nuevas perspectivas radicales que se colocaron en abierta polémica con la complaciente alianza entre neopositivismo y funcionalismo, que había dominado hasta ese momento la elaboración teórica y la investigación social.

En los mismos años, aparte de estas macroperspectivas, comenzó a desarrollarse y a crecer también la denominada «microsociología», que encabezaba diversas escuelas de pensamiento y diversas visiones teóricas (sociología fenomenológica, interaccionismo simbólico, etnometodología, hermenéutica), que, sin embargo, compartían el hecho de poner en el centro del interés y de la investigación sociológica —en lugar de las grandes transformaciones históricas y de los procesos relativos a la sociedad— los pequeños hechos de la vida cotidiana, las microinteracciones entre los individuos, las dinámicas interpersonales.

Esta línea de abandono de las grandes perspectivas teóricas y de las explicaciones de carácter general trajo consigo los primeros brotes de una crítica generalizada hacia cualquier tipo de explicación teórica y la puesta en tela de juicio de la sociología como ciencia. Esta tendencia se ha radicalizado en años recientes (digamos en los años noventa, para entendernos y ofrecer anclajes temporales) en un movimiento intelectual de variadas y confusas características, que a veces se resume bajo la etiqueta de «postmodernismo».

Podemos definir de manera muy simple este movimiento a partir de lo que rechaza. El modernismo, entendido como heredero directo del Iluminismo: ejercicio crítico de la razón sobre el hombre, sobre la naturaleza y sobre la sociedad; confianza en la ciencia, basada en el orden y la racionalidad, en la simplicidad de la explicación científica y en el carácter acumulativo del saber. El *postmodernismo* sería un «ir más allá» (y en contra) de los logros del modernismo, en una crítica que podemos sintetizar brevemente en cuatro puntos: a) *rechazo de teorías generales*, universales, acusadas de totalitarismo homogeneizante, de imperialismo cultural, de negación y represión de las diferencias entre las sociedades

con el fin de perpetuar las aspiraciones hegemónicas del mundo y la cultura occidental; a favor de planteamientos y lenguajes teóricos múltiples en una exaltación de la fragmentación y de la no unidad de la explicación científica; b) *rechazo de la racionalidad*, de la linealidad, de la simplicidad del conocimiento científico, a favor de la paradoja, de la contradicción, de la opacidad, de la visión de múltiples facetas alternativas e irreconciliables; c) *exaltación de las diferencias*, celebración de las diversidades, de la multiplicidad de verdades locales y contextuales, rechazo del carácter acumulativo de la ciencia, y d) *exaltación de lo «Otro»*, de lo distinto, de las minorías, identificación con los oprimidos, consideración del «poder» como categoría explicativa que está en el origen de todas las relaciones y las estructuras sociales.

No iremos más allá en este apresurado y simple esbozo de las nuevas tendencias de la ciencia social contemporánea y de sus posibles paradigmas. Nuestro único interés es describir los que han sido o son los paradigmas fundamentales de las ciencias sociales que han influido y dado forma, generado y nutrido las estrategias de investigación empírica, sus métodos y sus técnicas.

Desde este punto de vista las nuevas tendencias y perspectivas que han agitado el mundo de la ciencia social y de la sociología en el último cuarto de siglo no han conducido a grandes revoluciones en las técnicas de investigación social, si se excluyen una mayor legitimidad y aceptación de las técnicas de investigación cualitativas y un uso mucho más intenso de ellas; sin añadir, en ningún caso, muchas novedades a las técnicas utilizadas. Pero ése es un tema que nos lleva ya a los argumentos que trataremos en el capítulo siguiente.

1.7. SÍNTESIS DEL CAPÍTULO 1

1. Toda ciencia «madura» tiene, en cada momento de su historia, un paradigma propio. Éste representa una especie de «visión que orienta», una perspectiva teórica aceptada por la comunidad de científicos que dirige la investigación especificando qué estudiar y formulando hipótesis explicativas de los fenómenos observados.
2. En las ciencias sociales los dos paradigmas que han orientado históricamente la investigación desde sus inicios han sido el *positivismo* y el *interpretativismo*. Con el fin de compararlos, nos hemos preguntado cómo ha respondido cada uno de ellos a las tres cuestiones de fondo de la investigación social: la cuestión ontológica (¿existe la realidad social?), la cuestión epistemológica (¿es cognoscible?) y la cuestión metodológica (¿cómo podemos conocerla?).
3. El paradigma positivista se consolidó en la investigación social en el siglo xix, tras el gran éxito logrado por las ciencias naturales. El positivismo sostenía que la realidad social debía ser estudiada mediante la misma lógica investigadora y el mismo método utilizados por las ciencias naturales; de ahí el nombre de «física social» atribuido al estudio de la sociedad.
4. A lo largo del siglo xx la inspiración original positivista sufre ciertas adaptaciones para superar sus propias limitaciones. Según los paradigmas neopositi-

vista y postpositivista, las teorías sociales no deben ser expresadas en forma de leyes deterministas, sino en términos probabilísticos. Toda afirmación teórica asume por tanto una connotación de provisionalidad y queda siempre expuesta a la posibilidad de ser desmentida. Además, en la comunidad científica se desarrolla la conciencia de que cualquier observación empírica no es una descripción objetiva de la realidad, sino que está «cargada de teoría», en el sentido de que hasta el simple acto de registrar una realidad depende del esquema mental del investigador. Esta revisión del positivismo, sin embargo, no renuncia a sus fundamentos empíricos ni a su fe en la cuantificación y en la posibilidad de generalizar los resultados, por lo que dedica mucha atención a las técnicas de investigación empírica, al denominado «lenguaje de las variables», importado de las matemáticas y de la estadística.

5. Según el interpretativismo, hay una diferencia «epistemológica» fundamental entre las ciencias sociales y las naturales, ya que la realidad social no puede ser simplemente observada, sino que necesita ser «interpretada». En las ciencias naturales el objeto de estudio consiste en una realidad que es externa al investigador y así se mantiene durante todo el curso de la investigación; por ello el conocimiento adopta la forma de «explicación». En las ciencias sociales no existe esta separación entre el observador y aquello que es observado, y el conocimiento sólo puede alcanzarse a través de un proceso totalmente distinto, el de la comprensión (*Verstehen*). Esta diferencia fundamental conlleva procedimientos y técnicas de investigación distintos. El enfoque subjetivista, al no poder adoptar el «lenguaje de las variables», ha tenido que desarrollar sus propias técnicas de observación y modalidades de análisis del material empírico, que constituyen el cuerpo de la denominada «investigación cualitativa».
6. La radicalización de ambos enfoques puede tener graves consecuencias. La exageración del planteamiento positivista sienta las bases para una progresiva reducción del alcance de la investigación, centrándola en el dato empírico y limitándola a una mera descripción del mismo. Mientras que, al contrario, el subjetivismo extremo pone en duda la existencia misma de la ciencia social, excluyendo la posibilidad de generalizaciones supraindividuales y afirmando que la realidad es una pura construcción subjetiva. Un desarrollo reciente del paradigma interpretativo ha sentado las bases del denominado «postmodernismo», que se expresa en una suerte de rechazo de la visión tradicional de la ciencia, entendida como orden y racionalidad, simplicidad y generalización, a favor de la paradoja, de la contradicción, de la exaltación de las diferencias.

1.8. LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Una selección útil de ensayos que posibilitan profundizar en las perspectivas teóricas que han orientado los métodos de investigación social, es la antología de G. Ritzer y B. Smart, *Handbook of Social Theory* (Sage, 2001, 552 pp.). En particular, para profundizar en los temas que hemos tratado en este capítulo, recomendamos los siguientes ensayos: M. Gane, *Durkheim's Project for a Sociological Science*; P. Halfpenny,

Positivism in Twentieth Century; S. Whimster, *Max Weber: Work and Interpretation*; K. L. Sanstrom, D. D. Martín y G. A. Fine, *Symbolic Interactionism at the End of the Century*; S. Crook, *Social Theory and the Posmodern*.

Una presentación a nivel introductorio sobre el distinto planteamiento paradigmático de la tradición de investigación cuantitativa y cualitativa puede encontrarse en el primer capítulo de A. Tashakkori y C. Teddlie, *Mixed methodology: Combining Qualitative and Quantitative Approaches* (Sage 1998, 185 pp.); mientras que una guía más completa sobre las diferentes respuestas dadas por las escuelas de pensamiento clásicas y contemporáneas a los dilemas fundamentales de la investigación social, se encuentra en N. Blaikie, *Approaches to Social Inquiry* (Polity Press, 1993, 238 pp.).

Para encuadrar las perspectivas teóricas a las que reconducir las diversas corrientes de la investigación cualitativa actual, puede verse el ensayo de Y. S. Lincoln y E. G. Guba, *Paradigmatic Controversies, Contradictions, and Emerging Confluences*, de Denzin y Lincoln (2000). Siempre en esta línea y con un mayor grado de profundidad se coloca la obra de J. F. Gubrium y J. M. Holstein, *The New Language of Qualitative Method* (Sage, 1997, 244 pp.), en el que los autores identifican cuatro «idiomas» (naturalismo, constructivismo social, emocionalismo, postmodernismo) a los que reconducir la multiplicidad de enfoques de la investigación cualitativa reciente. Para una reflexión sobre las tendencias actuales de la investigación social, pero desde el punto de vista del paradigma neopositivista relativamente abierto a las técnicas cualitativas, remitimos al título de J. Goldthorpe, *On Sociology: Numbers, Narratives, and the Integration of Research and Theory* (Oxford U. P., 2000, 337 pp.).